

pieles y se hizo conducir en uno de sus coches al paseo de Bucareli, arrellenada en el fondo del coche y proponiéndose no saludar á nadie.

El carruaje en que iba Chona, era un cupé inglés negro con alto pescante y tirado por dos hermosos frisonos negros también.

Los criados, con ese tino particular del que está acostumbrado á servir, habían adivinado que Chona estaba de mal talante.

—No te pares, le dijo el lacayo al cochero.

—¿Por qué?

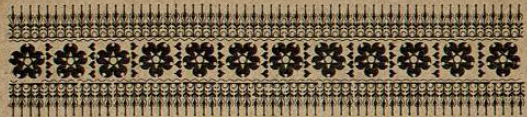
—¿No ves que la señora está de flato? Si nos paramos se incomoda; sigue, sigue.

—Hemos trotado una hora y mira al chico.

—¡Cómo está tan ovachón!

—Pues eso has de ver.

Sin haberse parado un momento, Chona llegó á su casa después de la oración.



#### CAPÍTULO IV.

DON ARISTEO TENTADO DEL DEMONIO.

**C**UANDO llegó don Aristeo á la casa de Sánchez, doña Felipa lo esperaba impaciente.

—¿Qué tal? preguntó á don Aristeo.

—Quite usted allá, doña Felipa! ¡qué mujer!

—¿Qué tiene?

—En primer lugar es hermosísima.

—¿Oiga?

—No he visto una mujer más linda.

—¿Es posible?

—Sí, doña Felipa; es una divinidad, quiero decir, no una divinidad, es una exageración; pero sí es el diablo más hermoso que he visto.

—No entiendo.

—Figúrese usted una mujer con un pelo como de angel; ¡Ave María Purísima! ya vuelvo á hacer estas comparaciones inconvenientes.

—Vea usted, don Aristeo; yo comprendo perfectamente un diablo bello. Luzbel era el ángel más lindo y ahí lo tiene usted ahora con cuernos.

—Me parece muy buena la comparación, doña Felipa; pues figúrese usted á Luzbel hembra, allá cuando todavía era angel bueno.

—Sí.

—Pues ahí tiene usted á Ketty.

—¿Así se llama?

—Sí; vaya usted á ver, hasta el nombre es raro; yo no conozco á ninguna Ketty.

—¿Y bien vestida?

—No me diga usted, estaba..... lo que se

llama..... figúresela usted..... así de una manera..... en fin..... verde!

—¿Verde?

—Verde, doña Felipa, como una esmeralda, y con unas manos..... ¡qué manos!.... ¿Ha ido usted á la Academia?

—¿De San Carlos?

—Sí.

—¿Ha visto usted la Vénus de mármol?

—La ví con el rabo del ojo.

—Pero en fin, le vería usted siquiera las manos.

—Sí..... y algo más, el pecho.

—Pues haga usted cuenta que Ketty tiene las manos y el pecho de la Vénus de la Academia.

—¿Es posible?

—Y si le digo á usted que mejores, no le miento.

—¿Y qué idioma habla?

—Como usted y como yo, castellano.

—¿Conque entiende?

—Perfectamente.

—¿No es necesario gritarle ni hacerle señas.

—No, qué gritarle, si es vivísima.

—¿Y de donde es?

—Nació en Francia, pero ha vivido viajando.

—¡Que mal gusto!

—¡Quite V. allá, D.<sup>a</sup> Felipa! que mal gusto! si viera V. cómo ha gozado esa mujer!

—¿Oiga?

—Sí, viajando se goza mucho.

—¿Y los ladrones?

—Por allá no hay ladrones.

—Eso dicen.

—Es un hecho, y además se viaja en vapor.

—Bueno, bueno; pero vamos al grano: ¿qué hizo usted?

—Pues yo..... almorzar.

—¿Cómo, es posible?

—Quiero decir, ella me dijo:—Toma usted el *lunch*? y yo le dije:—*tomaré el lunch*, por parecerme que..... en fin, puede ser que estas extranjeras que son tan raras, tomen

á *desaire* ó á mala crianza que uno no acepte el *lunch*.

—Hizo usted bien entonces; ¿y comería usted cosas raras?

—No, un queso amarillo.

—¿Y qué más?

—Había un jamón exquisito; de buena gana le hubiera traído á usted una lonja.

—¡Dios me libre! Pero á todo esto ¿qué hizo usted de provecho?

—Pues hice... en fin, preparar el terreno, eso es obra larga, doña Felipa.

—¿Y usted cree que conseguiremos?.....

—Sí, lentamente, lentamente yo iré mirando y con paciencia.....

—Pues Dios lo haga!

—Esperamos en su misericordia infinita, que hemos de salir con bien de esta empresa, que es como si dijéramos la extirpación de un espíritu maligno.

—Pero..... permítame usted que sea curiosa, Don Aristeo: ¿realmente es una mujer que valga la pena, ó que de alguna manera sea disculpable el hombre que.....

—Vea usted, doña Felipa, ya usted me conoce, ya sabe usted que yo soy un hombre de aplomo.

—¿Y qué.....

—La verdad..... disculpo á mi compadre, dijo bajando la voz; se entiende que en términos hábiles, no por supuesto como materia de conciencia, pero en fin, así tiene al menos la disculpa de la hermosura.

—¿Conque es mejor que Amalia?

—Con tercia y quinta.

Esta conversación se prolongó por mucho tiempo entre don Aristeo y doña Felipa, y subieron de punto la animación y los comentarios desde el momento en que doña Ceferina, deseosa de saber lo que había pasado cambió el turno de sus visitas á fin de averiguar el resultado de la entrevista de don Aristeo con la cocota.

Doña Ceferina ofreció, por su parte, andar una nueva novena á cierto santo de su devoción que ya en ciertas ocasiones la había sacado avante en asuntos más intrincados y difíciles.

Don Aristeo manifestaba estar en todo de acuerdo con las viejas; pero en realidad, lo único que deseaba era seguir poniéndose en comunicación con la cocota, cuya imagen tenía grabada en la mente de una manera persistente é inusitada.

Cuando don Aristeo estuvo solo, experimentó cierto placer en entregarse de lleno á sus reflexiones, al grado que aquella noche, sin saber cómo, se durmió bien tarde, sin haberse acordado de rezar sus devociones; omisión que notó al despertar y cuya deuda (en obsequio de sus buenas costumbres debemos decirlo) pagó con religiosa escrupulosidad.

—Después de todo, pensaba don Aristeo, esas mujeres, prescindiendo del infierno que se mamarán después, son felices; siempre amadas, siempre llenas de comodidades y cambiando de propietarios según las latitudes.

—Una mujer de éstas, no puede menos que no tener corazón, ó tenerlo organizado de una manera que se acomode fácilmente al

cambio frecuente de amantes, que aunque no sean buenos mozos ni hombres de atractivos irresistibles, como mi compadre, tengan sin embargo lo bastante para proporcionales esa suma de comodidades de reina.

—¡Ay! en mi tiempo no había cocotas; pero todo ha adelantado; bendito sea Dios, esta civilización europea ha de acabar completamente con nuestras buenas costumbres.

—¡Vaya con mi compadre, y qué buenos ratos ha de haber pasado! eso sí, por su dinero; pero bien visto, esta es una cosa de la civilización, está muy bien pensada digo, no tratándose de católicos, porque yo creo que en lo general los amantes de esas señoras no han de ser católicos. Mi compadre es cierto que lo era, pero está completamente cambiado; es cosa que ya no se le puede hablar de santos ni de nada de eso, sin que se ponga á decir cada disparate del tamaño del mundo.

—Si yo tuviera la conciencia un poco ancha; si por un poco de tiempo pudiera so-

focar los avisos de mi razón y de mi moralidad, estoy por decir que pretendería que mi compadre se desprendiera de la cocota, y á mi vez ensayaría yo un par de meses... no, es mucho, siquiera una quincena; haría de cuenta que soy rico y viviría un poco en esa atmósfera de placer..... ¡Qué barbaridades estoy pensando, señor! ¿qué es lo que me ha sucedido? ¡Dios mío! ¡lo que puede una mala compañía! me ha bastado ver á esa mujer de mis pecados, para preocuparme hasta el grado de..... vamos, vamos, es necesario tener un poco de juicio, porque ni mi edad, ni mis circunstancias, son á propósito para meterme en esos devaneos.

—Si yo tuviera siquiera dinero, ya sería otra cosa, porque bien claro me dijo esa mujer que *si yo tenía minas* bien podía viajar con ella. ¡Oh! y lo que es esto, sí lo sostengo, porque no faltaba más, sino que después de todo tuviera yo que sufrir un desprecio de esa mujer cuando se enterase de que soy pobre; porque supuesto que para estas diablos lo único que vale es el dinero y no sa-

ben apreciar ninguna otra virtud, es necesario que siga creyendo que tengo minas.

—Y por otra parte, bien podría sostener el papel de rico, al menos por cierto tiempo; todavía me queda algo en Oaxaca, y vendiendo mi casa, me alcanzaría para algo; eso sí, solo para hacer el papel de minero por algún tiempo y para que esa mujer no me coja en mentira.

—Y ahora que me acuerdo, mi compadre está apurado, su situación financiera es de las más desesperadas; sus despilfarros lo están conduciendo á grandes pasos á la mas completa ruína, y ni él ni yo habíamos pensado en que tal vez mi casa de Oaxaca que para nada me sirve, podía ser un buen medio, tanto para que él salga por lo pronto de su situación comprometida, cuanto para que yo entre en posesión de algo de lo que me pertenece. Decididamente le hablaré á mi compadre y la ocasión me parece oportuna.

Acto continuo don Aristeo entró al cuarto de Sánchez.

—Buenos dias, compadre.

—Don Aristeo, felices; ¿qué milagro?

—Hombre, he tenido una idea.

—Veamos, compadre.

—¿Se acuerda usted de mi casa de Oaxaca?

—¡Vaya si me acuerdo! sobre que me escribieron hace un mes para ver si se promovía de nuevo el asunto.

—Pues en eso he pensado anoche, compadre, y si usted quiere podríamos proponer la transacción y que se venda la casa.

—Eso debía usted haberlo hecho hace dos años.

—Pero qué quiere usted, compadre, todos tenemos nuestros caprichos.

—Vamos á ver, le compro á V. el negocio.

—¿Al contado?

—Pero compadre, V. sabe bien como estoy.

—Pero es que para seguir perdiendo, me parece una racional compensación recibir en efectivo.

—Eso es muy difícil, pero por fin veremos; con tal que pudiéramos combinar las cosas de manera que yo á mi vez saliera

también de algunos compromisos, cuente usted con que le conseguiría á usted dinero á toda costa.

—Pero si usted puede, solo queriendo, disponer de trescientos pesos mensuales.

—¡Ah!..... sí..... dijo Sánchez.

—Pues bien, me conformo con esos trescientos pesos mensuales y el resto al término del asunto.

—Quiere decir, á la venta de la casa.

—Bien, sea entonces. Ya usted ve que lo único que usted sacrifica á su tranquilidad, es esa señora..... su cocota de usted, compadre, que es la causa de su ruína y que seguirá siéndolo, si Dios no lo remedia y si usted no dá un paso enérgico para quitarse de una vez de complicaciones.....

—Como siempre, las reflexiones de usted, compadre, son muy justas; y en consultando este negocio á ciertas personas, creo que podremos arreglar algo; en fin, tenga usted esperanzas.

—Piénselo usted bien.

—Así lo haré.



## CAPÍTULO V.

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE Á  
SEGUIR LOS PASOS DE RICARDO,  
DE AMALIA Y DE LA CHATA.

**P**ERDÓNENOS el lector, si por algún tiempo nos hemos olvidado de Amalia, de Ricardo y de la Chata; mas por vía de reparación hemos de consagrarles todo el presente capítulo.

Ricardo había logrado hacer la más fácil de todas sus conquistas, pues á la verdad no había puesto de su parte otra cosa que haberse dejado llevar de los acontecimientos.